



El lenguaje oculto de los libros

Alfonso del Río

El lenguaje oculto de los libros

Alfonso
del Río

Ediciones Destino
Colección  ncora y Delfín
Volumen 1515

© Alfonso del Río, 2020

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A. (2020)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-233-5828-1

Depósito legal: B. 17.730-2020

Impreso por CPI (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE

El Bien y el Mal

Mi cliente

—Cuando el sol iluminaba tus días, todo eran amistades, lisonjas y honores. Pero cuando llegó la lluvia y la oscuridad, te dejaron solo. Te giraste y la oscuridad te había arrebatado tu sombra.

—Querida, ¿y qué más da? Cuando llueva... recuerda que solo es agua.

ÚRSULA DE LA SOTA Y GABRIEL DE LA SOTA

Londres, junio de 1961

Mi nombre es Mark Wallace y soy un hombre de costumbres. Cómo no iba a serlo, soy inglés y abogado, por el amor de Dios. Pero la visita que me espera hoy en mi despacho, mucho me temo que me hará abandonar la rutina en la que se han instalado últimamente mis días.

Son las seis de la mañana cuando las campanitas del maldito despertador insisten en recordarme la desagradable sensación de estar vivo. De tener que afrontar otro día sin sentido, como lo son todos desde que mi vida cambió para siempre hace tan solo unos meses.

Antes me levantaba como un rayo y ahora solo deseo ser partido por uno. No me reconozco. Soy una maldita

sombra de lo que fui. No obstante, como cada jornada, venzo el miedo y la angustia y me levanto. Me pongo mi batín de seda y camino descalzo hasta la habitación de mi pequeña Anne. Abro silenciosamente la puerta y contemplo cómo duerme la única razón por la que me sigo despertando cada mañana.

Su habitación está repleta de partituras. A pesar de su peculiaridad, que la muestra tan desapegada de todo a veces, la niña no puede vivir sin sus notas, sin su música. Me acerco a ella y cumpla con el ritual instaurado hace ya diez años, cuando nació. Beso su frente y acaricio su pelo. Pero ahora, después de que la desgracia llamara a nuestra puerta, aprovecho este momento para susurrarle al oído unas palabras. Tengo la esperanza de que, si se las recito en sueños, su cerebro, a veces prodigioso y a veces desvalido, las procesará y las fijará en su subconsciente.

—Perdóname..., perdóname, hija mía.

Hoy no lloro. No sé por qué. Es algo que a veces ocurre y a veces no. Abandono su habitación y bajo las escaleras mientras me enciendo el primer cigarro del día. La señora Collins aparece diligente por el salón, ataviada con su cofia y su impecable uniforme.

—Buenos días, señor Wallace. Su desayuno está listo...

Después de una frugal colación, me cambio y voy a practicar boxeo al club privado, situado a pocas manzanas de mi casa, en el centro de Londres.

Allí hago ejercicio durante una hora, como cada día. Últimamente, he intensificado los entrenamientos, entregándome de un modo casi enfermizo a cada uno de ellos. Lo doy todo porque no tengo nada que quiera guardarme. Y la verdad es que esa sobredosis de endorfinas se ha convertido en uno de los más eficaces tratamientos contra mis demonios. Lamentablemente no es el único. He encontrado otro remedio

para evadirme. Menos saludable, pero más rápido... Ya llegaremos a él.

Me ducho allí, me enfundo en un traje de raya diplomática y me pongo un chaleco cruzado a juego y mi sempiterno sombrero. Camino hasta el despacho mientras fumo otro cigarrillo.

Mis pasos reticentes me llevan en pocos minutos hasta mi bufete, Wallace & Associates Lawyers. Un despacho que fundé yo mismo el año en que nació Anne. Hago mi entrada, como siempre, a las ocho de la mañana. Ya he dicho que soy un hombre de costumbres. O lo era antes y ahora tan solo me aferro a ellas para seguir adelante.

Todo es movimiento a mi alrededor. Llamadas, el repiqueteo de las máquinas de escribir, el humo del tabaco y el ir y venir de los abogados que trabajan en el despacho a pleno rendimiento. Quizá sea yo la única nota discordante de una sinfonía que yo mismo compuse.

Mi secretaria me acerca mi taza de té y la prensa del día, cosa que agradezco con una sonrisa vacía. Entro en mi despacho y me desplomo en el asiento. Enciendo otro cigarro y miro con demasiada avidez el mueble bar que tengo bajo la biblioteca. Chasqueo la lengua. Todavía no. Aguanta, Wallace, es demasiado temprano, joder.

Hoy tengo una sorprendente cita profesional con Úrsula de la Sota, la hija del insigne escritor y empresario don Gabriel de la Sota. Ha seguido los pasos de su padre y está cosechando su mismo éxito. La prensa anuncia su inminente presencia en la Universidad de Oxford, que le ha otorgado el título de doctora *honoris causa* en reconocimiento a su destacada trayectoria en el campo de las letras. La ceremonia tendrá lugar en unos días. ¿Qué hace una mujer como ella pidiendo el consejo de un abogado? Me tiene desconcertado.

Una luz tenue pero afilada se filtra por las persianas de mi despacho con vistas al Támesis. A pesar de

que la temperatura es fresca, hoy luce un sol deslumbrante. Las diminutas partículas de polvo se evidencian en los haces de luz, suspendidas en el aire. Yo espero sentado en mi mesa, consultando el periódico y dando pequeños sorbos al maldito té, que ahora asocio más bien con un premio de consolación. No es whisky y por eso lo odio.

Lllaman por el interfono. La voz de mi secretaria anuncia la visita. Indico que la haga pasar.

Entonces hace su aparición una mujer..., una mujer que, a pesar de poseer una belleza que casi supera a cualquiera que haya conocido, me resulta todavía más enigmática que bella. Un sombrero diminuto y un velo de rejilla ocultan parcialmente su rostro. Para conseguir ocultar su hermosura necesitaría mil sombreros como ese. De ojos rasgados color miel y pestañas infinitas, su rostro es ovalado y puntiagudo en su barbilla. Su nariz, prominente pero singularísima. Y sus labios finos están adornados a escasos milímetros de la comisura por un lunar que pone un punto de color a su boca.

—Señor Wallace, encantada de conocerlo. Su reputación lo precede.

—Bueno, yo no soy ningún doctor *honoris causa*
—respondo condescendiente.

—Yo tampoco, por ahora.

—Es cuestión de horas.

—E inevitable —responde enigmática.

De todas maneras, ya he dicho que ese calificativo resulta redundante con ella, cualquier cosa que pronuncien sus labios resultará un enigma.

Me levanto y le ofrezco un té.

—Lo aceptaré encantada, gracias.

Me dirijo hacia la mesa que hay al otro lado del despacho, donde mi secretaria ha dejado dispuestas unas tazas y la tetera.

—Aquí tiene...

—Muchas gracias...

—Tenga cuidado, no vaya a quemarse...

Etcétera.

—Y bien, señorita De la Sota, ¿qué la trae por aquí? Me sorprendió ver que había pedido usted cita.

—¿Y eso por qué?

—Primero, por ser usted quien es. Y segundo, porque si necesita un abogado, lo lógico es que acuda a un abogado de su circunscripción. Usted es española y, como tal, la ampara el derecho español.

—Soy de Bilbao, sí. Pero, como seguramente ya sabrá por la trayectoria de mi padre, nos criamos a caballo entre Inglaterra y mi ciudad natal.

—Algo he oído. ¿Y bien?

—Sé que usted ha tenido mucha relación profesional con Bilbao, ¿no es cierto?

—Así es. Varios clientes míos tienen intereses en el norte de España.

—Razón de más. Me han hablado muy bien de usted. Quiero contratar sus servicios. Tengo también entendido, señor Wallace, que está usted especializado en temas mercantiles y civiles. Patrimonios, herencias...

—Es cierto. —Hago una pausa—. Pero...

—Pero como todo el mundo sabe, yo no tengo empresas ni herencia alguna, ¿verdad?

Estoy demasiado cansado de la vida como para recelar de comentarios incómodos.

—Exacto. Usted no tiene empresas ni herencias. Al menos que se sepa...

—Le agradezco su sinceridad.

—De mí no obtendrá otra cosa.

—Veo que he elegido al hombre apropiado.

—Eso ya lo veremos.

Úrsula de la Sota se enciende un cigarro en una bo-

quilla de marfil, toma su taza de té, se levanta y deambula por mi despacho. Supongo que quiere hacer una pausa dramática para seguir con su discurso y, qué demonios, lo consigue. Al fin y al cabo, es escritora. Y es espectacularmente bella. Se detiene y se gira en seco hacia mí.

—Ha de ser usted, señor Wallace.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Puede preguntarlo, pero no podría responderle.

Permanezco en silencio. Pongo un semblante duro. Me había prometido dejar el bufete para siempre. Con todo lo que hemos vivido, me había decidido a dar el paso. Lo sucedido ha marcado un punto de inflexión en mi vida. Un acontecimiento a la luz del cual la abogacía, la fama y el dinero carecen ya de sentido para mí.

—Reconozco, señorita De la Sota, que quería verla hoy porque siempre es un honor recibir a una personalidad tan ilustre, pero verá..., quizá no esté al corriente, pero voy a abandonar la abogacía.

—Buena parte de Londres sabe que el gran Mark Wallace se retira —confirma ella.

—Y sin embargo...

—Y sin embargo estoy aquí. —Da una calada a su cigarrillo y se acerca a mi mesa—. ¿Ha leído el artículo?

Tampoco en esta ocasión veo la necesidad de ocultar nada.

—Lo he leído, sí. Se publicó en España pero la prensa inglesa se ha hecho eco de la noticia, supongo que a raíz de su visita a la Universidad de Oxford.

Ella saca el periódico y lo lanza sobre la mesa. Yo vuelvo a echar una ojeada al fragmento.

**GABRIEL DE LA SOTA,
LA CAÍDA DE UN GIGANTE**

El misterio de su fortuna, ¿verdad o leyenda?

*E*l *Señor del Mal* es una de las novelas más vendidas de la historia. Una de las novelas más enigmáticas. Escrita en los años treinta por Gabriel de la Sota, ilustre autor español de la norteña ciudad de Bilbao. El señor De la Sota se dedicó siempre a la escritura. Pero también era dueño de un coloso empresarial. Una de las compañías siderometalúrgicas más grandes de Europa, que heredó de su padre y que hizo que el escritor se convirtiera en una de las personas más ricas del continente. Hasta que cayó en desgracia. Quien estuvo en lo más alto descendió a los infiernos, y después murió. Dejó a una mujer rota y a una hija huérfana. Una hija que, heredando el indiscutible don de su padre, se dedicó a la escritura y a la que este año le será concedido, a una edad insultantemente temprana, el título de doctora *honoris causa* por la

Universidad de Oxford en reconocimiento a su trayectoria literaria.

Lo realmente inquietante es que, según ha podido averiguar este periódico por fuentes anónimas, existen indicios que alimentan los rumores que siempre han acechado la fatídica historia de la familia De la Sota. Dichos rumores apuntan a que no todo su patrimonio se habría perdido en aquella serie de circunstancias que acabó cobrándose la vida de su progenitor. La fortuna De la Sota podría seguir existiendo.

Y la clave para encontrarla se hallaría en el título más reconocido de Gabriel de la Sota. En esa novela, la obra maestra de su autor, se describe la historia de un personaje inquietante. Un personaje que hace aflorar lo peor de la raza humana y comete diversos crímenes, en una clara crítica a los valores de una sociedad que el

escritor consideraba deshumanizada.

Según nuestra información, quizá entre esas frases, entre esos capítulos, puedan encontrarse las claves para

averiguar dónde se esconde la fortuna de la que mucha gente ha seguido hablando a lo largo de los años.

Verdad o leyenda, el autor vuelve a hacer soñar al mundo.

Yo me retrepo en mi asiento.

—Con lo que puede que haya una *fortuna De la Sota* —dice ella.

—Depende de la veracidad de ese reportaje —replico yo expulsando el humo de una calada.

—Un tesoro, señor Wallace. Quiero que averigüe todo sobre él. Quién está detrás de ese artículo, dónde está ese tesoro y a quién correspondería legalmente su propiedad.

—Primero, señorita De la Sota, le he dicho que me retiro. Y segundo, no sabemos si lo que usted llama *tesoro* existe. Le recuerdo que soy abogado, no Sherlock Holmes.

—Lo será si le propongo cobrar diez mil libras.

Demonios. ¿Esta señorita ha perdido la cabeza? Puede que haya ganado mucho con sus libros, pero no tengo claro de dónde va a sacar ella una cantidad. A no ser...

—Cuenta usted con encontrar la fortuna escondida de su padre, para costear lo que me quiere pagar —digo al reparar en ello.

—Exacto.

—Si existe.

—Si no existe, será mi problema, usted cobrará lo suyo. Piense que este sería su último trabajo. Si va a abandonar su propio bufete, querrá hacerlo dejando el pabellón bien alto, sin que su firma pueda sufrir por la marcha de su abogado estrella. Esta es una buena oportunidad para conseguirlo.

Me levanto yo también y me pongo a su altura. Nos

separan escasos centímetros. Yo ya no veo a las mujeres (ni a nadie) igual que antes, pero he de reconocer que sentir esa belleza tan próxima me resulta desconcertante. Quizá sea ese hechizo el que me haga cometer el último gran error de mi vida.

—De acuerdo, señorita De la Sota. —Le estrecho la mano sellando el pacto—. Haga que me traigan la documentación que estime oportuna y volveremos a vernos.

—No sé si podremos vernos con tanta facilidad. Accederé a usted cuando pueda.

—¿Pero no podremos vernos después de la entrega de su distinción?

Ella sonrío con cierta amargura. Saca de su chaqueta un cheque que deja en mi mesa a modo de anticipo. Apaga su cigarrillo y, antes de salir por la puerta, se gira hacia mí.

—Ya veremos adónde nos lleva esta *caza del tesoro* —susurra.